



de costearla es ésta, y que sólo la colaboración con los planes del Gobierno puede ser útil para el país. Se trata de convertirla en lo que se ha llamado ingenua y burdamente "oposición leal". Como en Inglaterra se dice "oposición de Su Majestad", en el sentido de que el Rey —la Reina, ahora— dispone de "su" oposición como dispone de "su" Gobierno, y puede alterarlos cuando el país lo reclama. Pero en Inglaterra se trata, sobre todo, de una figura de dicción. No parece que las repetidas conversaciones con la oposición —cuidadosamente matizadas como entrevistas personales— hayan ido más lejos, ni parece tampoco que hasta ahora ninguna de las solicitudes, instancias o condiciones que las personalidades de la oposición hayan podido presentar a sus altos interlocutores hayan sido atendidas. Se opone como una especie de imposibilidad de ir más allá en las actuales circunstancias y se pospone la verdadera democratización a un más allá: a lo que podrá conseguirse si entre todos se llega a las elec-

ciones y a una asamblea —o parlamento, o congreso, o como se le quiera llamar, que lo mismo va a dar— con una disimulada capacidad constituyente.

**L**A alternativa es la ilegalidad y la promulgación de las medidas unilaterales de reforma, con o sin paso por las Cortes, y la convocatoria de referéndum y elecciones por vía de poder. Esto es: un ultimátum. Sin duda, esto, o algo de esto, es lo que está sucediendo. Los partidos o grupos así conminados no pueden tener más sensación que la de que pueden ser utilizados como comparsas. Comparsas de una democratización ficticia para unas elecciones en las que serían inevitables perdedores. Escasa recompensa para tantos años de clandestinidad, de prohibiciones, de cárceles o de destierro.

**P**ERO si el presidente Suárez no consigue hacer aceptar a algunos partidos significativos, y principalmente al socialista, su oferta de "legalidad" no

parece que tenga ya más alternativa que la de seguir adelante. Aislado. Las fuerzas que le impulsan y le sostienen no le permitirían, probablemente, volverse atrás. Tendría que apelar a las represiones, y ello destrozaría su figura ante el país y ante el mundo. Un referéndum de poca significación en la consulta, apoyado por todos los medios que la propaganda pone a su alcance y por los gobernadores civiles —y ya sabemos que la propaganda, según sus mecanismos y su estilo adquirido, no es en España nada sutil—, unas elecciones entre grupos de derechas con las apelaciones distintas con que se presentan ahora y también landas desde el poder, habrían gastado una posibilidad inmensa. Y no darían el resultado apetecido.

**D**ICHO en otras palabras: en este punto crítico el Gobierno se está jugando su última carta. Se le ha agotado una flexibilidad que no ha tenido nunca, se ha quedado lejos de su declaración de principios, y si se encuentra con una oposición en el vacío será un Gobierno quemado. La alternativa que presenta ahora a la oposición democrática de que otro Gobierno que le sustituyese sería sin duda peor es muy digna de tenerse en cuenta. Está en lo posible. Pero quizá no tenga una verdadera medida de los conceptos: si este Gobierno no sirve, si no abre un camino real a la democratización del país, apenas importa que el que le suceda sea peor. No tiene más grado de peor que la calidad de la represión personal que pudiera hacer. Pero quizá el país no se lo aguante. Se ha ido demasiado lejos en un determinado camino como para dar ahora un salto atrás demasiado visible.

**U**NA vez más, la única posibilidad del Gobierno es contar con la oposición invirtiendo totalmente los términos que se vienen empleando. Más necesita el Gobierno a la oposición democrática que ésta a aquél. Y hay que suponer que la tentación de una brizna de poder no va ahora a ser tentación suficiente para quienes llevan tantos años sufriendo los peores males en su persona y en su dignidad ideológica.

**E**N la próxima semana, en todo caso antes de fin de mes, se van a jugar las bazas definitivas. Exclusivamente para el Gobierno Suárez. La democracia en España tiene sus plazos propios y su tiempo por delante. ■